

Tendríamos sonrisas suficientes para hacernos invencibles.

* * *

Notad que estoy insistiendo bravamente en las aguerridas jovialidades de esta charla, en la idea de un *derecho* a la sonrisa. Todos nacemos con él.

Lo traemos,—no debajo del brazo como el bollo de pan que la sonriente fe de nuestros bisabuelos miraba en cada uno de los retoños de su prole,—sino en los labios que se contraen en forma de cucharas para dejar escapar los primeros vagidos: llanto alegre de vida, que afirma en el corazón del que lo escucha el poder universal de la sonrisa.

Pero sucede con él lo mismo que con la Libertad. Se la trae al nacer como propiedad indiscutible, y luego suele perderse en las ilusorias derrotas de la suerte.

La sonrisa es blanca, como la leche que borda con coqueterías de jazmín la boca de los niños.

Quien no conserve la leche de la infancia entre los labios del corazón, no tiene derecho a la sonrisa.

Los puros, los sinceros, los afables, los que llevan en el pensamiento como una camelia, la hidalguía, esos tienen derecho a la sonrisa.

Hay sonrisas que son muecas. Dan la impresión fría y punzante de una daga asestada sobre el corazón. Son las llamadas sonrisas de la perfidia. Mistificaciones protervas. Flores de trapo con que adornan sus insaciables ansias de rapiña los astutos merodeadores del sentimiento, los sacrílegos baratijeros de la idea.

De esos bienaventurados de la vida cómoda, no será nunca el florido jardín de la sonrisa.

Si nos quejamos amargamente de la vida, es porque no sabemos mirar sus alegrías.

Estamos empeñados en marchar a cordel, como sobre unos rieles, afectando una seriedad que nos estorba.

¡Cuánta pena da mirar a esos hombres solemnes que van tirando del carro de una reputación consagrada de notabilidad, camino de los despeñaderos de la Historia a cuyos bordes no encontrarán sino la úl-

tima sonrisa: la helada, pero al fin apacible sonrisa de la muerte!

En los caminos de la vida, está cayendo incesantemente una tenue nevada: la sonrisa. Aquellos que saben recogerla, forman graciosas bolas y van en tropa locuaz tirándose a las nuca el dulce calofrío de la ventura.

¿Por dónde hemos de caminar que no tropecemos con un niño?

Pues si lo miráramos con la plácida unción que su belleza reclama, seríamos felices un instante. Porque los niños son las más encantadoras sonrisas de los hombres.

¡Ah los niños! Delicadas flores de sentimiento y de alegría que llenan de perfume los hogares. Tiernas y dulces avecitas que saludan la aurora con la divina canción de la sonrisa.

¿Quién resiste a sus gracias? Sería preciso llevar una piedra dentro del pecho para mirar a un niño con rencor o con envidia.

Acercaos a una cuna y os sentiréis sobrecogidos de respeto. Son débiles muñequitos de carne sonrosada y nos parecen sagrados. ¿Será la conciencia de su debilidad que obra en nosotros? O será la explosión de la vida que ellos representan la que inspira a nuestros ánimos tan profunda reverencia?

* * *

Entre todos los cuadros del hogar, hay uno que canta y que palpita con mayores encantos de armonía. La primera sonrisa.

La madre se ha quedado extasiada, con el fulgor de la dicha en el semblante. El padre ha caído de rodillas y en la expresión de su rostro hay dejos de inefable ternura. Qué pasa? Qué ha sonreído el niño. Y el sol del amor que reina soberanamente sobre el grupo, lanza sus mejores rayos y enciende allí sus regias luminarias. La cuna sonríe, las rosas del jarrón sonríen también; y en el pequeño espejo se retrata la radiante sonrisa de la estancia.

* * *

Y la primera palabra? ¡Ah! quien nunca la ha escuchado ignora la más noble fruición de la existencia! El mutismo insinuante cae vencido sobre el piso y allí se duerme quietecito. El verbo surge como